

sus pasiones. En circunstancias ordinarias presenta un aspecto imponente y puede servir para reprimir insignificantes desórdenes; mas se paraliza su fuerza en medio de aquellos sucesos que conmueven á la sociedad, y generalmente cesa de ser útil precisamente en los momentos críticos en que es mas necesario su apoyo.

La municipalidad de Paris dirigió una circular á las demas ciudades de Francia, invitando al pueblo á que imitase las matanzas que habia cometido el de la capital; pero en todas partes fueron desatendidas sus instigaciones. Se habian remitido á Paris los presos de la ciudad de Orleans; se encontraron con ellos en Versalles los emisarios de la Convencion; y todos perecieron allí, á escepcion de tres, á quienes dejaron por muertos entre los cadáveres, y que se salvaron durante la noche, merced á la humanidad de algunas mugeres. Se detuvo el carruage de Larrochefoucault, y este personage, tan virtuoso como ilustrado, fué asesinado en el mismo sitio, en los brazos de su esposa y de su madre (1 2).

(1) Lac. I, 296, 298. Th, III, 127.

(2) La circular de que se trata, es uno de los documentos históricos mas curiosos que ha dejado la Revolucion. Estaba concebida en estos términos: "Habiendo llegado á noticia de la municipalidad de Paris que algunas hordas de bárbaros avanzan contra ella, se apresura á poner en conocimiento de sus hermanos de todos los departamentos, que una parte de los conspiradores que estaban encerrados en las cárceles ha sido muerta por el pueblo, acto de justicia que se ha hecho indispensable para enfrenar por medio del terror á las

El sacrificio de tantas víctimas dió lugar al despojo de sus propiedades, el cual produjo á la municipalidad de Paris una cantidad inmensa. No solo se embargó por órden suya cuanta plata contenian las iglesias, y los bienes muebles de los emigrados, sino que aun impuso confiscacion á cuanto poseian los presos que fueron asesinados en las cárceles, todo lo cual se depositó en vastos almacenes de la comision de vigilancia.

Ni la Asamblea ni la Convencion, ni ninguna otra autoridad, pudo jamás llegar á conseguir que se le diese cuenta de la suma á que habia ascendido este despojo, ni del destino que se le habia dado. Aun mas hizo el cabildo; sin otra autoridad que la suya, procedió á la venta de los muebles de las casas de los grandes, á pesar del sello nacional que se habia estampado en ellos á consecuencia de la emigracion de sus dueños. El ministro del interior se hallaba en la imposibilidad de reprimir tan escandalosos

legiones de traidores que estaban encerrados en sus muros, en los momentos en que las principales fuerzas de la capital debian marchar contra el enemigo. Sin duda la nacion, despues de la dilatada serie de traiciones que la han conducido al borde del abismo, se apresurará á adoptar medio tan útil y tan necesario, y entonces todos los franceses podrán decir como los parisienses: "Marchamos sobre el enemigo, y no dejamos á la espalda bandidos que degüellen á nuestras mugeres y á nuestros hijos." (Firmado) "Duplain, Panis, Sergent, Lenfant, Marat, Lefort, Jourdeuil administradores de la comision de vigilancia, establecida en el despacho del corregidor." Véase á Thiers III, 85, 86.

Enorme latrocinio que cometió la municipalidad de Paris.

abusos; las autoridades subalternas estaban ligadas á la municipalidad en intereses, y las guardias nacionales, á las cuales se habia reformado bajo la denominacion de sesiones armadas, y que se componian de lo mas prostituido de la sociedad, se encontraban en una desorganizacion completa. Una noche fué saqueado el lugar donde se guardaban en el palacio de las Tullerias, las joyas de la corona, y desaparecieron para siempre las mas péciosas. Se quitaron los sellos que se habian puesto á las cerraduras; y como no se observó en estas lesion alguna, quedó demostrado que se habia hecho la estraccion en virtud de orden de las autoridades, y no por el pueblo. Una de las joyas de mayor cuantía apareció despues en manos de Sergent, que era uno de los miembros de la comision que redactó y firmó la circular en que se pedia á los demas cabildos de Francia, que imitasen las matanzas perpetradas en las cárceles de Paris. Tales fueron los primeros efectos que produjo la eleccion popular de magistrados, en la capital de Francia [1].

En medio de semejantes horrores, se terminó el periodo de sesiones de la Asamblea legislativa. La historia de este cuerpo es demasiado interesante para los que estudian las operaciones del espíritu humano durante las convulsiones domésticas. Dió principio á sus tareas en medio de una calma engañosa: la am-

Termina el periodo de sesiones de la Asamblea legislativa.

(1) Th. III, 129, 131.

bición de los partidos, el frenesí de las pasiones, parecian haberse calmado para permanecer por algun tiempo en tal estado; vióse aclamado el monarca por la muchedumbre, y gustó por espacio de unos cuantos dias de las dulzuras de una administracion popular. La Asamblea constituyente habia declarado que la revolucion quedaba terminada; el rey habia aceptado la constitucion, y se creia que la época de la anarquía habia desaparecido. Pero los que tienden "á alterar la paz de las naciones, rara vez se hallan en aptitud de gobernarlas, cuando han llegado á su mayor efervescencia." Dió fin á sus tareas en medio de torrentes de sangre, dejando encarcelado á un rey, á la nobleza ausente del pais, á la plebe insurreccionada, esterminada la faccion realista, y la hacha popular suspendida sobre los patriotas. La destruccion de las clases elevadas á que dió margen con sus medidas, hizo que recayese en breve sobre sus caudillos el poder de la corporacion sucesora. Tal es la inevitable marcha de las revoluciones, cuando chocan las pasiones de la muchedumbre con la moderacion de los desamparados filántropicos; cuando los amigos del orden y los propietarios no se unen y despliegan toda su energia para resistirlas; y en fin, cuando por una parte no militan sino la razon y la justicia, y se despliega por la otra una ambicion individual desenfrenada. Si no se hubiesen entablado tantas discusiones abstractas sobre derechos, y si se hubiese atendido de toda preferencia á apar-

tar los peligros que en aquella sazón se corrían; si hubiesen existido más obras y se hubiesen proferido menos palabras, la Asamblea pudiera haber contenido la marcha revolucionaria: con que se hubiese proseguido con vigor la conducta que se manifestó cuando el triunfo en el Campo de Marte, y se hubiese dado una carga al pueblo con 500 hombres de caballería el 10 de Agosto, se habría evitado la caída del trono, y el periodo del dominio de Robespierre (1).

La CONVENCION NACIONAL dió principio á sus tareas, bajo más funestos auspicios que su antecesora. El suceso del 10 de Agosto había dado á los demócratas el ascendiente que da la victoria; la inerte y numerosa masa del pueblo se hallaba dispuesta, como acontece en todas las revueltas, á engrosar las filas de la facción triunfante. Las secciones de París se hallaban pues, bajo la influencia de Robespierre y de Marat: eligieron para representantes á los individuos más turbulentos del Estado, y este mismo ejemplo siguieron casi todas las demás ciudades de Francia (2).

Los jacobinos y los clubs de este partido con los cuales estaba en correspondencia, ejercían en toda la extensión del país un poderoso influjo. El club principal de esta facción que había en París, mandó imprimir y circuló á todos los

(1) Lac. Pr. Hist. I, 108, é Hist. de France IX, 149, 239.

[2] Lac. I, 299.

departamentos, listas de los individuos que habían sido electos en la capital para que esto sirviese de gobierno á los electores. Todos aquellos representantes que por medio de sus sufragios se habían opuesto á los deseos del partido del pueblo, y con particularidad los que habían contribuido á la absolución de La Fayette, fueron anotados á fin de que se les desechase. En París, los exaltados caudillos de la municipalidad que organizaron la sedición del 10 de Agosto, ejercieron en el vecindario un irresistible dominio. Danton y Robespierre fueron los primeros electos en medio de las aclamaciones de la plebe, en seguida se nombró á Camilo Desmoulins, Fabre de Eglantine, el célebre pintor David; Collot d'Herbois, Billaud Varennes, Legendre, Panis y Sergent, cuya mayor parte se hallaban complicados en las matanzas de las cárceles. Se agregó á éstos el duque de Orleans, que había hecho renuncia de sus títulos y tomado el nombre de Felipe Egalite [Igualdad] (1).

La primera medida de la Asamblea fué abolir la monarquía y proclamar la REPUBLICA. Se cambió el calendario, y aquel año no fué ya el cuarto de la libertad sino el primero de la república francesa; pero no bien se dieron estos grandes pasos, cuando se desencadenó con mayor violencia el furor de las facciones; los bandos contendientes ansiaron por ponerse á la cabeza de la insurrección

[1] Th. III, 131, 133.

popular que poco antes habia triunfado. Los partidos que uno contra otro contendian, eran los de girondinos y jacobinos, volviéndose desde entonces sus cuestiones estremadamente violentas; los principios que los unos sostenian eran totalmente incompatibles con los de los otros, de suerte que fueron convertidas sus disputas en una lucha de vida ó de muerte [1].

Los girondinos eran los filósofos de la Revolución. Sus ideas eran casi siempre grandiosas y nobles, á imitacion de las de los héroes de Grecia y Roma, ó arregladas á la gran suma de filantropía que distingue á las épocas modernas. El lenguaje de que se servian, era indulgente y propicio al pueblo; los principios que profesaban, eran los que dieron á la Revolución la popularidad y la inmensa celebridad que tuvo desde su principio. Pero tenian formado un juicio falso de los hombres; su error mas perjudicial consistió en haber creído que podia conducirse á la plebe con arreglo á los mismos principios que dominaban á los rígidos patriotas que figuraban entre sus miembros. Un íntimo sentimiento de justicia, un estremado amor á la igualdad universal, una repugnancia invencible respecto de todo gobierno tiránico, campeaban en todos sus discursos; y sin embargo, se debe á las innovaciones que introdugeron, la mas opresiva tiranía de la época moderna, y al fin se les vió cooperar á la adopcion de muchas medidas de inaudita depravacion.

[1] Mig. I, 212. Lac. Pr. Hist. II, 5. Th. III, 150.

La espantosa guerra que asoló por espacio de veinte años á la Europa, se debió á sus declamaciones; la muerte del rey, la caída del trono y la época del Terror emanaron de los principios que habian promulgado. Y no se diga para justificar semejante conducta, que obraban con sinceridad al desear el establecimiento del sistema republicano, y que anhelaban de buena fé, la felicidad de la Francia; el proverbio vulgar de que "está lleno el infierno de bien intencionados," demuestra á cuantas calamitosas consecuencias puede arrastrar una conducta aventurada, aun cuando proceda de un movimiento sano. Durante su carrera, aparecieron, no pocas veces, arrebataos é imprudentes, y de aquí provino que su elocuencia é ingenio se volviesen en extremo nocivos, en razon de la inmensa turba que ponian en movimiento con sus seductores discursos. Fueron bastante poderosos para acumular la tempestad; pero demasiado débiles para calmarla; sufrieron con impavidez sus padecimientos y exhalaron el postrer suspiro con heroismo; pero les faltó la entereza y la esperiencia necesarias para apartar los males que los amagaban. Sirviéronles de apoyo los demócratas mientras dieron á la Revolución mayor impulso, mas se convirtieron en sus mas encarnizados enemigos, cuando intentaron refrenarla. Fueron constantemente extraviados por la creencia en que estaban de que poseian suficiente inteligencia las clases ínfimas, y de que la razon y la justicia egercerian su influencia en la muchedumbre, de

lo cual no pocas veces se desengañaron en vista del inmenso ascendiente que continuamente tomaban en los caudillos del pueblo las pasiones ó el interes; estos errores en que incurrieron, son comunes á todos los caracteres elevados y nobles, de lo que proviene que casi en ninguna circunstancia sean idóneos para la administracion de la cosa pública. Los ponian sus doctrinas en la posibilidad de sostener al trono constitucional; mas no pudieron contener el furioso torrente de la democracia que habian escitado ellos mismos, y se vieron en la necesidad, en obvio de mayores desgracias, de cooperar á la adopcion de muchas providencias crueles, á pesar de que eran contrarias tanto á sus deseos como á sus principios. Los caudillos de este partido eran Vergniaud, Brissot y Roland, hombres de una vigorosa elocuencia, de una desinteresada filantropía y de una entereza digna de la época de Roma; eran hombres que sabian morir pero no vivir, y que sucumbieron por haber carecido de la audacia y depravacion necesarias para conservar el ascendiente durante las revoluciones [1].

La impiedad era el vicio radical de que esta faccion adolecia, y las horribles calamidades que atrajeron sobre su pais, comprueban cuán poco valen los mas eminentes talentos para la direccion de las cosas terrenas ó para el exacto cumplimiento de las obligaciones sociales, cuando no están fundadas sobre esa importantísima base. A pesar de su vehemente amor á la jus-

(1) Mig. I. 213, 214. Buzot, 84.

ticia, declararon á Luis delincuente; á despecho de su propia humanidad emitieron sus votos en favor del fallo, que le condenó á muerte. Los campesinos de la Vendea obraron impelidos por el deber que la religion les prescribia, y jamas cometieron esos actos que no tienen disculpa de modo alguno; que los hombres de Estado se desprendan de las sencillas leyes que el deber y la justicia imponen, y funden su conducta en los vacilantes cimientos de una supuesta conveniencia, se verán complicados en una série de errores que en breve los conducirán á los mas graves crímenes. Pero no hay esfuerzos terrenos, no hay sabiduría ni virtud humanas que basten para dirigir al ánimo ni sostenerlo en medio de las tempestuosas escenas que presenta una revolucion: la conviccion de que existe un premio y castigo eternos, y la observancia de los preceptos de la religion, es únicamente lo que puede dar firmeza al hombre en medio de semejantes calamidades; y la falta de estos principios en los girondinos, fué lo que hizo que de nada sirviesen todo su ingenio y toda su filantropía para evitar las desgracias que resultaron de la Revolucion [1].

No tenian punto de reunion los girondinos como las fuerzas bien disciplinadas de sus adversarios; mas reunieron con frecuencia sus gefes en las tertulias de la casa de Mad. Roland, donde concurría con delicia toda la elegancia que habia dejado en pié hasta entonces la revo-

(1) Hist. de la Con. I, 142, 143.

lucion, y todos los talentos que se habian desarrollado por su medio. Aquella muger distinguida, segun el testimonio unánime de todos sus contemporaneos, egercia un poderoso influjo sobre los destinos de su patria. La vehemencia de su ingenio, el entusiasmo de sus afectos y la elocuencia de sus palabras, la ponía en la posibilidad de conservar un ascendiente indisputable aun sobre los hombres mas eminentes de Francia. Vivió para llorar los crímenes que en nombre de la libertad se perpetraron mas adelante, y murió víctima de su fidelidad conyugal, manifestando en los últimos momentos de su vida, una intrepidez de que apenas se hallará egemplo aun en los anales del heroismo mugeril, y que si hubiese sido comun á los miembros de su partido, hubiera tal vez servido para esterminar el terror desde su cuna [1].

Vergniaud era el orador mas elocuente de la Gironda, pero no tenia ni la necesaria energia ni la indispensable resolucion para ser director de partido en épocas de exaltacion. Las pasiones, en lo general, egercian muy poca influencia en su ánimo: era humano, apacible y benévolo, difícil de cesaltarse y poco crédulo en cuanto á la perversidad que dominaba á sus contrarios, y aun á muchos de los miembros de su partido. Pero cuando en las circunstancias solemnes se despertaba la adormecida energia de su carácter, presentaba sus grandiosas ideas con discursos elocuentes que nadie igualó jamás en la Asam-

(1) Lac, II, 14. 15, Roland, I. 18, 19.

blea de Francia. No era su elocuencia, á semejanza de la de Mirabeau, llena de reticencias y de énfasis, y variable segun los efectos que dominasen á los individuos á quienes se dirigía, sino siempre elegante, sonora, fluida, y elevada á veces hasta el mas alto grado de la vehemencia oratoria. La circunstancia de que un hombre de tales tamaños no hubiese sido capaz de dominar á la Convencion, demuestra evidentemente cuan poco aptas son para regir los destinos de una gran nacion, las corporaciones formadas en los términos que lo fué aquella (1).

Guadet era mas animado que Vergniaud; conocia con mas presteza los cambios del momento, y era mas completa su firmeza de carácter, durante las tempestuosas discusiones que se suscitaban en la Asamblea. Gensonné era inferior en cuanto al don de la palabra, pero fué sin embargo considerado como gefe de su partido, en razon de la firmeza y resolucion de su carácter. Barbaroux nacido en la parte meridional de la Francia, desplegó en la lucha de los partidos el impetuoso natural que era propio de su ardiente clima; decidido, perspicaz y arriesgado, desde el principio adivinó los sanguinarios designios de los jacobinos; pero por mas que hizo, no pudo inducir á sus socios á que adoptasen las medidas estremas que conocia eran necesarias para poder lidiar con armas iguales durante la contienda (2).

Carácter de Guadet.

Barbaroux.

(1) Th. III, 137, 138.

(2) Th. III, 138, 139.

Carácter de los
Jacobinos.

Muy diverso era el carácter de los JACOBINOS, de aquella terrible facción cuyos crímenes han mancillado los anales de la Francia con tan horrendas atrocidades. Tuvo su origen desde el año de 1789, cuando varios diputados de las provincias se reunieron en el convento de los Jacobinos, que era donde antiguamente habían celebrado las Asambleas de la Liga sus sesiones. La popularidad que adquirió este club, atrajo en breve hácia su seno á los individuos de mas audacia y aptitud que reunia el partido democrático: se habia convertido la nave de la enunciada iglesia en salon de sesiones, y el asiento del presidente estaba colocado en la parte superior de un monumento gótico de mármol negro, construido contra una de las paredes. La tribuna desde donde se dirigian á la reunion los oradores, se componia de dos vigas que atravesaban una sobre otra, á semejanza de un andamio á medio construir; detrás de este aparato se veian colgados de las paredes los instrumentos que sirvieron antiguamente para la tortura, y de los cuales no se hacia caso, pero que eran dignos de figurar en aquella escena; cuando comenzaba á anochecer, una multitud de murciélagos volaba por sus vastas y tenebrosas bóvedas, y con sus agudos chillidos interrumpian el violento rumor que reinaba durante las sesiones. Era tal la confusion de voces en los momentos del debate, que se disparaban fusilazos para lograr que siguiera por algunos instantes. El gran número de sociedades que con arreglo á este club se

formaron en todas las ciudades populosas de Francia, dieron á esta facción desde el principio una inmensa preponderancia: la poderosa elocuencia de Mirabeau comenzó á manifestarse en su seno, y todas las principales insurrecciones que durante la Revolucion se suscitaron, fueron preparadas por sus caudillos [1].

Los levantamientos del 14 de Julio, 20 de Junio y 10 de Agosto, se discutieron sin la menor reserva, mucho tiempo antes de llevarse á cabo en el club de los jacobinos. Las matanzas cometidas el 2 de Setiembre son el único crimen en que parece no tuvieron parte; solo sobre Danton y la municipalidad de Paris debe recaer aquella infamia. Los mas turbulentos y desenfrenados de sus miembros, como acontece en todas las reuniones democráticas, se atrajeron en breve todo el ascendiente; se adheria la plebe á los que con mas vehemencia sostenian el principio de la soberanía del pueblo. Nunca habia menos de mil quinientos miembros en sus sesiones; apenas unos cuantos faroles iluminaban la vasta estension de la sala; los individuos del club concurrían á él con el traje mas despreciable, y la hez del pueblo era la que ocupaba las galerías. En aquella infernal caverna era donde se decretaban las sangrientas listas de proscripción y las matanzas que despues se llevaban á cabo; se abrian las sesiones entonando canciones revolucionarias, prorumpiendo en ruidosos aplausos cada vez que se agregaba una victima mas á la

(1) Toul. II, 232 y V, 137. Chateaub. Mem. 76.